



www.loqueleo.es

© Del texto: 2023, Marina Tena Tena

Representada por Tormenta www.tormentallibros.com

© De las ilustraciones: 2023, Bartolomé Seguí

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-547-8

Depósito legal: M-32061-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Julia Ortega y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MALDITAS MALDICCIONES

Marina Tena Tena

**CUENTOS PARA
ROMPER LOS SUEÑOS**

Ilustraciones de

Bartolomé Seguí

loqueleq



Regresar a la casilla de salida

Resulta extraño descubrir que las maldiciones existen. Más extraño aún saber que tus padres están prisioneros de un sueño sobrenatural. Y más extraño y siniestro descubrir que la persona en la que confías es, en realidad, una especie de hechicero y el culpable de todo. Pero lo más extraño, lo más irreal, lo más desquiciante es que, después de todo esto, te obliguen a hacer los deberes.

7

Por no hablar de lo complicado que era intentar concentrarse en un tren. Las mesas del asiento eran tan estrechas que tenía que sostener el libro sobre las piernas, y el traqueteo hacía que se me formasen borrones en el cuaderno. Chasquéé la lengua con disgusto. Me gustaba mantener el orden incluso en las páginas.

—¡Esto es una crueldad! —se quejó Rata dramáticamente—. Azpiazu, ¿no tienes un poquito de piedad en tu corazón?

8 Rata no es ningún roedor parlante, es mi hermana pequeña. Su verdadero nombre es Catalina, que es un nombre demasiado cursi para el torbellino de energía con rizos rubios que es mi hermana. Tenía nueve años, cuatro menos que yo, y llevaba bastante bien el haber esquivado por los pelos una serie de catástrofes. Dos días antes habíamos escapado del ataque de un matón y tres leones monstruosos..., que resultaron ser tres chicos víctimas de una maldición.

Está mal que yo lo diga, pero no solo salvé la vida de Rata, sino que también me enfrenté al matón y encontré la forma de resolver la maldición de la casa fantasma de Toledo. ¡Y, por si fuera poco, descubrí que Ovella estaba detrás de todo! Ernesto Ovella era el secretario de la empresa de mis padres, ¡y el mismo diablo Cojuelo! Desde que mis padres se quedaron dormidos, él se encargaba de gestionar su empresa. ¡Tenía todo el sentido que quisiera dejarles fuera de juego! Y no estaba dispuesto a permitirlo. Por eso, no tenía ningún sentido que Azpiazu, nuestra

imponente institutriz, nos obligase a hacer deberes y se empeñase en que fingiéramos que no sabíamos nada.

—¡Es quien ha echado la maldición a nuestros padres!
—protesté.

Azpiazu se llevó un dedo a los labios. Quizá me estaba dejando llevar por la emoción. Había alzado demasiado la voz y la pareja de mediana edad sentada delante de nosotros nos miró con las cejas enarcadas.

—Precisamente —respondió mi institutriz en tono más bajo—. Si no nos equivocamos y es tan poderoso como para maldecir así a los demás, no nos conviene ir de frente a por él. Lo inteligente es averiguar una forma de contrarrestar su poder.

—Entonces..., ¿nos crees? —preguntó Rata esperanzada.

Yo también ladeé la cabeza interesado. Hasta ese momento, Azpiazu se había mantenido escéptica a pesar de haber sido testigo de cosas que no tienen explicación. Como el hecho de que el agua de un pozo mágico hubiera cambiado mi color de pelo de negro a un blanco resplandeciente. Iba a ser de lo más interesante explicárselo a mis compañeros de clase.

—Tengo mis dudas —reconoció nuestra institutriz con gesto serio—. Y es otra de las razones por las que estoy convencida de que lo más prudente es simular que no ha pasado nada. Si encontramos algo que demuestre que lo que decís es cierto..., actuaremos. Y, ahora, dejaos de excusas y acabad los ejercicios. No voy a dejar que lleguéis a clase sin hacer la tarea.

10 —¡Qué aguafiestas! —refunfuñó Rata—. Vivimos el fin de semana más interesante de nuestras vidas y tenemos que terminarlo estudiando.

Pero Azpiazu era inflexible. Al menos, lo era la mayor parte del tiempo. Por eso había llegado a sospechar de ella. Esa mujer alta y fría llegó a nuestras vidas poco después de que nuestros padres cayeran en ese sueño tan extraño. Sin embargo, a veces las apariencias engañan y había resultado mucho más fiable que Ovella. ¿Quién iba a desconfiar de un hombre tan simpático y agradable como el secretario de mis padres? Me había tragado con patatas sus mentiras.

Aún no sabíamos qué era lo que quería de mis padres. Debía de ser bastante valioso, si le había merecido la pena pasar años fingiendo trabajar para ellos. ¿Sería dinero? ¿Algo del trabajo?

Cuando el tren por fin llegó a Madrid, ya había terminado casi toda la tarea del instituto. No quería reconocerlo, pero Azpiazu había conseguido que pasáramos el viaje de vuelta tan concentrados en los deberes que no tuvimos tiempo de estar preocupados por la vuelta a casa.

Solo cuando llegamos a nuestro portal se me erizó la piel. Rata también estaba más callada y eso que no se calla nunca. Entramos a nuestro edificio con la misma solemnidad con la que se entra a un museo.

11

La sensación de victoria por lo que habíamos conseguido en Toledo se desvaneció según subimos los pisos en el ascensor. Al llegar a la puerta de nuestra casa, en vez de plétóricos, nos sentíamos derrotados. Aún nos quedaba mucho para regresar a la normalidad y para rescatar a nuestros padres de su sueño.

Rata y yo nos miramos al entrar en casa y, sin decir nada, subimos las escaleras del dúplex para visitar el cuarto donde nuestros padres dormían. Seguían inconscientes, sin ninguna señal de haber mejorado. Estaban conectados a los aparatos de hospital, que convertían el dormitorio en algo parecido a una sala de experimentos.

Tenían goteros para alimentarlos y máquinas que se aseguraban de que respirasen y sus corazones siguieran latiendo. En mitad de todos los cables y los aparatos, mis padres descansaban uno al lado del otro, como si durmieran.

12 Mi madre acariciaba en sueños la alianza de matrimonio. No recordaba que el anillo de plata le quedase tan grande. Los dos habían perdido peso durante el tiempo que llevaban dormidos. Pensar en lo mucho que se querían hizo que se me humedecieran los ojos. Apoyé una mano en el hombro de mi hermana y dije con voz más segura de lo que me sentía:

—Se pondrán bien. Encontraremos la forma de hacer que se recuperen.

—¿Me lo prometes? —preguntó con voz ronca.

—Te lo prometo.



Un reencuentro de lo más tenso

Aún no habíamos deshecho las maletas cuando alguien llamó a la puerta. Al principio no le di importancia. Mis padres solían estar tan ocupados con la empresa que no solo se traían el trabajo a casa, ¡muchas veces se traían también a los empleados! Estaba acostumbrado a las visitas de trabajo y a encontrarme con desconocidos en mi salón.

13

Pero entonces reconocí la voz que saludaba con alegría desde la entrada.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal el viaje?

La sangre se me congeló en las venas. Era Ovella.

Ernesto Ovella no parece un tipo peligroso, ¡al contrario! No es muy alto. Lleva el pelo claro peinado hacia atrás, tiene una sonrisa afable y unos ojos demasiado fijos en nosotros.

No me gusta.

Rata se acercó a mí con los ojos muy abiertos. Buscaba mi protección y me esforcé en parecer valiente, aunque, por dentro, estaba tan asustado como ella.

14 Cuando descubrimos que era él quien había hechizado a la familia de Toledo y estaba detrás de la enfermedad de mis padres, me sentí tan lleno de rabia que pensé que sería fácil enfrentarme a él. En ese momento recordé que puede hacer maleficios y no me sentí tan valiente. Así que intenté que la voz no me temblase al contestar:

—Bien. Hemos aprendido mucho.

—Menudo cambio de *look*. —Señaló mi pelo sin perder la sonrisa.

Me llevé una mano a la cabeza. ¿Sabría que era el agua del pozo encantado lo que había hecho que mi pelo se volviera blanco? Por si acaso, me encogí de hombros tratando de quitarle importancia.

—Rata me dijo que me quedaría bien —respondí con cautela.

—Me sorprende que hayáis convencido a Azpiazu. Pero tu hermana tiene razón: te sienta bien —dijo con una risa agradable acercándose por el pasillo.

Se me puso el pelo de punta. ¿Sabía que sospechábamos de él? ¿Que habíamos sido nosotros los que rompimos la maldición de Toledo? Podría tener formas de controlar que sus maldiciones siguiesen activas. Si había notado algo en la casa de Toledo justo en los días que estuvimos allí... Las rodillas me temblaron.

—Contadme, ¿qué habéis estado haciendo? Toledo es una ciudad de lo más mágica.

15

Esa elección de palabras no podía ser casualidad. Di un paso para colocarme delante de Rata, preparado para protegerla, pero... ¿cómo? Antes de que pudiera pensar en una respuesta, la voz serena y grave de Azpiazu nos rescató.

—Buenas tardes, señor Ovella. Iba a mandar ya a los niños a que se dieran una ducha antes de la cena. No quiero que se duerman tarde y mañana rindan mal en el colegio.

Hubiera podido besarla, y no suelo besar a las personas que me hacen cumplir las normas. Ovella la miró de reojo antes de asentir.

—Por supuesto. Venía a por unos papeles de la compañía. Llevar todo el peso es agotador. Lamento decir que, en estos días, no ha habido cambio en el estado de los señores.

«Seguro que mucho no lo lamentas» pensé, pero apreté los dientes y me giré hacia Rata tratando de parecer normal.

—Venga, enana. Te cedo el enorme privilegio de pasar primero a la ducha. ¡Si no la dejas llena de pelos!

16 Azpiazu se quedó en el pasillo, fingiendo que estaba distraída con el teléfono, el tiempo que Ovella tardó en subir al despacho de mis padres y bajar con una carpeta. ¿Qué habría cogido? Me fijé en que, al salir, había cerrado la puerta con llave. Mis padres solían dejarla abierta; se fiaban de nosotros desde que Rata había aprendido que no podía hacer aviones de papel con los documentos de la empresa. Ovella, en cambio, llevaba todo con más secretismo.

Me lanzó otra sonrisa extraña antes de irse de casa.

—Bueno, Lorenzo. Nos vemos pronto. Ya me contarás bien qué habéis hecho en el viaje.

¿Era cosa mía o había una amenaza escondida en la frase?

Tan pronto como se fue de casa, Rata salió del baño y asomó la nariz al pasillo. Azpiazu frunció el ceño y yo no pude contenerme más:

—¿Ves? Tiene que estar detrás, ¿por qué iba a venir aquí justo ahora a preguntarnos por el viaje? Creo que sabe algo. —Caminé acelerado de un lado a otro del pasillo.

—Es una posibilidad —dijo Azpiazu reticente. Puede que no quisiera darme la razón, pero ella también había sentido algo extraño en el ambiente. Estaba lo bastante preocupada para no dejarnos a solas con él.

—Tenemos que averiguar la verdad.

Traté de abrir la puerta de su despacho. Por supuesto, Ovella se había asegurado de cerrar bien con llave y no fui capaz de girar el pomo.

—¡Malditas maldiciones! —mascullé.

—No estoy segura de que vayamos a encontrar nada ahí dentro —continuó Azpiazu, y volví mi atención hacia ella—. Pero mañana, cuando estéis en el colegio, puedo pedir que venga un cerrajero y decir que se ha atascado la puerta.

—No funcionará —suspiré—. Nuestros padres tienen una empresa de seguridad y no te darán permiso para abrir la puerta de su despacho. Seguro que avisarán al mismo Ovella.

Mis padres eran los dueños de Praesidium, compañía que se encargaba de custodiar edificios, objetos de valor y, en ocasiones, proteger personas. La empresa era como un tercer hijo para ellos, y me daba rabia pensar que Ovella se ocupaba ahora de gestionarla. ¿Y si era eso lo que quería de mi familia? Tener el control de una exitosa empresa de seguridad sonaba bastante interesante.

18 Azpiazu dio unos toquécitos al suelo con el pie tratando de encontrar una solución. Yo probé de nuevo a tirar del pomo por pura frustración. Si había alguna pista en nuestra casa, tenía que estar detrás de esa puerta.

—No os preocupéis, yo me encargo —anunció Rata en tono alegre.

Mi hermana había aprovechado este rato para escabullirse a su cuarto y volver con un juego de ganzúas. A Rata siempre le ha gustado enredar con las cerraduras, y nuestro padre le regaló ese juego por su sexto cumpleaños.

«No sabes la cantidad de gente que se compra una caja fuerte muy segura para guardar algo preciado y luego pierde la llave», le dijo. «Nuestra empresa no solo se dedica a proteger, también hay veces que tenemos que recuperar lo que se ha perdido».



A mamá no le hizo mucha gracia y a mí menos, porque Rata pasó mucho tiempo abriendo todos los pestillos que encontraba en casa. ¡Incluso el del baño cuando yo me estaba dando una ducha! En ese momento, me alegré más que nunca de que papá decidiera hacerle ese regalo.

—¡Eres la más lista! —exclamé.

20 Rata sonrió y se agachó para tener la cerradura a la altura de los ojos. Abrió el estuche y eligió dos ganzúas pequeñas. Trasteó un rato antes de cambiar de herramientas. Me recordaba a un dentista que intentaba deshacerse de una caries. Azpiazu tenía los brazos en jarras y los labios apretados en una fina línea. Estoy convencido de que no le parecía del todo bien el pasatiempo de mi hermana.

Rata resopló y volvió a cambiar de ganzúa.

—¿Crees que puedes? —pregunté preocupado—. Puedo ayudarte...

En ese momento, se escuchó un chasquido metálico. Rata esbozó una sonrisa victoriosa y la puerta se abrió sin ninguna resistencia.

El despacho estaba abierto y, si había algún secreto, se encontraba al alcance de nuestras manos.